

Estamos cansados; que ya termine

Alfredo Acle Tomasini©

En la vida democrática, elegir al primer mandatario representa una oportunidad para reanimar el esfuerzo y refrescar la visión hacia el logro de objetivos nacionales. Debería ser, por ende, una etapa de renovación que, pese a la incertidumbre, habría de esperarse con emoción y confianza, bajo el supuesto de que la fuerza de las instituciones será la que garantice una transición ordenada y, sobretodo, el interés más alto que es el de la nación entera. Y por instituciones, no sólo nos referimos a las electorales, sino a los partidos mismos.

Pero, en esta primera elección presidencial sin el PRI a cargo del gobierno federal, y donde supondríamos que a seis años de distancia del primer cambio de partido en el poder en más setenta años, nuestra democracia sería más madura, vemos con decepción que esto no parece ser así. Aceptemos que en este renglón, poco o nada hemos crecido.

Si bien el IFE sigue siendo percibido como una institución que hace creíble a nuestra incipiente democracia, las estructuras de los partidos – en especial el PRI y el PRD – no logran consolidarse y menos sobreponerse al paso de sus efímeros dirigentes, quienes toman posesión absoluta, los amoldan a sus intereses particulares y rápidamente se deshacen de quiénes no les son leales. Así, los códigos de entrada o de salida no responden a una filiación ideológica sino a la conveniencia personal, en tanto que los partidos actúan como franquicias que aceptan entre sus filas a quienes les acerquen más votos, porque eso también significa mayores recursos presupuestales; que por cierto, son nuestros.

Sin ni siquiera pensar que la sociedad tiene memoria, hemos visto como los enemigos de ayer saltan la cerca para convertirse en servidores incondicionales de aquel que antes atacaban, mientras que el inminente fin de la carrera política de algunos, los envalentona para apoyar a los candidatos de los partidos opositores. Halagadoras palabras que transforman el resentimiento en respeto y el rencor en olvido. Revancha que venga agravios, pero que al ser pública debilita más a su partido, que a su temporal líder. Qué significado tendrán para ellos las palabras lealtad y gratitud, cuando sus actos son contrarios a la institución que les dio acceso al poder público y, que por largo tiempo, los hizo protagonistas de aspectos clave de la vida nacional.

Por ello, estas comedias de desamores, conversiones repentinas y súbito descubrimiento de que la democracia está en el partido de enfrente, nos hacen pensar que la supuesta institucionalidad del sistema de partidos, como baluarte de nuestra democracia es más un anhelo que una realidad, lo que termina por alejar de ellos a los ciudadanos, a quiénes los políticos no pueden pedirles lealtad cuando ellos mismos ni siquiera la demuestran.

Y para acabar de enviarle a la ciudadanía un claro mensaje sobre la solidez de nuestra democracia, el cuestionamiento de algunos partidos respecto la legitimidad de elementos básicos del proceso electoral, como es el padrón, y la sola propuesta de firmar un pacto de civildad, demuestra lo endeble de nuestra situación, por qué cuál es el sentido de firmar un acuerdo, cuándo ahí están leyes, reglamentos e instituciones que han sido el producto de inversiones cuantiosas en tiempo y recursos por parte de la

sociedad. ¿Qué acaso para los políticos es voluntario respetar el marco legal vigente? ¿Qué acaso no fueron los partidos signatarios, los mismos que en las cámaras aprobaron uno a uno los artículos de los ordenamientos jurídicos que norman las elecciones? ¿Qué no entienden que su mensaje a la sociedad no sólo es confuso sino es algo peor: inquieta y genera temor?

Una campaña que informalmente empezó hace más de cinco años, y donde el pleito reiterado ha sido el vehículo mediático para promover una imagen; la participación de los medios que vieron en la prematura contienda una oportunidad comercial; la explotación electoral de la ignorancia, que en una suerte de compra de votos ofrece la torta y la camiseta, pero del día después; el temor de que los tiempos idos regresen; el miedo a la reacción violenta; y, en general, la baja calidad de la contienda nos tienen a todos cansados.

Quién sabe quién ganará el dos de Julio, pero lo que si sabemos es que en democracia, todos perdimos seis años. Que esto termine y que seamos capaces de aprender de nuestras carencias, ya sabemos contar los votos con honestidad, ahora nos toca entender que la democracia es mucho más.